

fariseos, tal como la describió Nuestro Señor, porque la Ley no les prohibía entrar en la casa de un pagano, sino que esa prohibición nacía de sus prácticas y observancias; y lo que expresamente prohibía la Ley era matar á un inocente.

Pilatos salió y les preguntó qué acusación tenían que hacer contra aquel hombre, y ellos contestaron que era un malhechor, y que de otro modo no le hubieran conducido allí, á lo que repuso Pilatos que, en ese caso, le juzgasen ellos mismos conforme á sus leyes. Los judíos dijeron que bien sabía él que no les era permitido condenar á muerte á nadie; y con razón decían eso, porque el cetro había faltado ya de Judá, y había llegado el tiempo del Mesías.

Aun cuando los enemigos de Jesús hacían todo lo posible para que fuese condenado á muerte, no querían ellos ser los jueces, ó al ménos aparecer oficialmente como tales; y además, según la Ley, no hubieran podido condenarle más que á ser apedreado, y su desco era verle envilecido y humillado con la ignominia de la cruz. Ya estaba así predicho por el autor del libro de la *Sabiduría* cuando dijo: «Condenémosle á una muerte la más ignominiosa.» Por otra parte, los judíos procuraban ponerse á cubierto y no incurrir en la indignación y odio del pueblo, porque la chusma de libertinos que ellos habían seducido y desencadenado no tenía todavía influencia, ni era fuerza bastante para llevar á cabo un acto tan grave como era el quitar la vida al que había hecho tanto bien al pueblo y que goza-

ba en él de popularidad y gran prestigio. Ellos buscaban y pretendían que el gobernador asumiese la responsabilidad, y después que le hubiese condenado á muerte, ya procurarían hacer esfuerzos para que se ejecutase la sentencia, porque podían cubrir sus perversas intenciones con la apariencia de celo por el principio de autoridad y por la conservación del orden público y obediencia debida á los mandatos del gobierno constituido; y de ese modo la sagacidad política y el odio de los judíos concurrían á dar cumplimiento á lo que ya había anunciado Jesús sobre el género de muerte que había de sufrir.

Los judíos, para acusar al Salvador delante de Pilatos, dijeron que perturbaba la nación, que prohibía pagar tributo al César, y que se daba á sí mismo los nombres de Cristo y de Rey. La segunda acusación era evidentemente falsa, porque cinco días antes les había dicho que diesen al César lo que fuera del César.

Pilatos no dió crédito á lo que los judíos decían y alegaban contra Nuestro Señor; pero ante una acusación de naturaleza tan grave y trascendental, se creyó obligado, por razón de su cargo, á instruir una apariencia de información. Entró en su despacho é hizo comparecer en él á Jesús, á quien preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?» Y Jesús contestó: «¿Lo dices tú de ti mismo, ó te lo han dicho de mí otros?» Pilatos, algo alterado, replicó: «¿Acaso soy yo judío? Los que son de esa nación te han puesto en mis manos y bajo mi poder. ¿Qué has

hecho tú?» Como el que le preguntaba era el juez legítimo, Jesús continuó hablando para terminar su respuesta y dijo : «Mi reino no es de este mundo, pues si fuese de este mundo, mis vasallos me defenderían para que no fuese entregado á los judíos. Por tanto, mi reino no es de este mundo.» Pilatos replicó: «¿Luego tú eres rey?» Y Jesús contestó : «Tú lo dices; yo soy rey.» El profeta David había cantado ya en sus Salmos : «El Señor me ha constituido rey sobre un monte santo (la Iglesia) para anunciar su mandato.» Y Jesús, terminando su respuesta á Pilatos, describe su regia soberanía, diciendo : «Yo he venido al mundo á fin de dar testimonio de la verdad, y aquel que está de parte de la verdad es el que escucha mi voz.»

Pilatos, al oír eso, preguntó : «¿Qué es la verdad?» No hay ciertamente un rasgo de exactitud histórica más contundente que esta palabra, salida de los labios del gobernador pagano, porque ella pinta y describe para siempre, no sólo á los grandes y jueces del mundo, sino que además es el resumen práctico y muy particular de toda la filosofía y de toda la sabiduría humana; y al pronunciarla, Pilatos no exigió respuesta, porque estaba seguro de que no la había, y, por lo tanto, se dirige á los acusadores de Jesús y les dice : «Yo no encuentro culpa alguna en este hombre.» Con cuya manifestación, hecha después de un interrogatorio tan corto, daba bastante á entender que conocía muy bien todo lo concerniente á Jesús, y que el ruido y clamores de los judíos no le engañaban ni alucinaban. Éstos entretan-

to no dejaban de hacer cargos á Jesús, y multiplicaban sus calumnias contra Él; pero Nuestro Señor se callaba, como ya lo había hecho delante del tribunal de Caifás. Era propio del juez pedir pruebas, y Pilatos, embarazado y sin saber qué hacer en su posición, preguntó á Jesús : «¿No oyes cuántas cosas dicen contra ti?» Jesús guardó silencio, de lo que estaba admirado Pilatos, porque no comprendía que, habiéndole dicho todo lo que le convenía para esclarecer los hechos y formar conciencia cierta, nada le manifestase ni respondiese, y que tuviera él, siendo juez, que tomar por sí la defensa del acusado, que él reputaba inocente. Pilatos tenía la desgracia, bastante general en los hombres, de cuidarse muy poco de conocer la verdad, y que dudara si la hay ó no; y además, por su carácter, era débil ante la mentira y la calumnia, que se le presentaban poderosas; y los judíos, conociendo desde luego la ventaja que podían reportar de esa misma debilidad, se pusieron á gritar más fuertemente, diciendo contra Jesús : «Él levanta el pueblo con la doctrina que predica en toda la Judea, después de haberla predicado también en Galilea, en donde dió principio á su propaganda, y ha continuado hasta aquí.»

Habiéndoles oído Pilatos hablar de Galilea, creyó haber encontrado el medio de desentenderse de esta causa, salvando su decoro, porque siendo Jesús galileo, pertenecía, bajo este concepto, á la jurisdicción de Herodes, que á la sazón se hallaba en Jerusalén, y envió á Jesús al tribunal de ese juez. Se alegró He-

rodes de ver á Jesús, creyendo que delante de él haría algún milagro, y al momento se puso á dirigirle innumerables preguntas; pero Nuestro Señor no le contestó, como lo había ya hecho

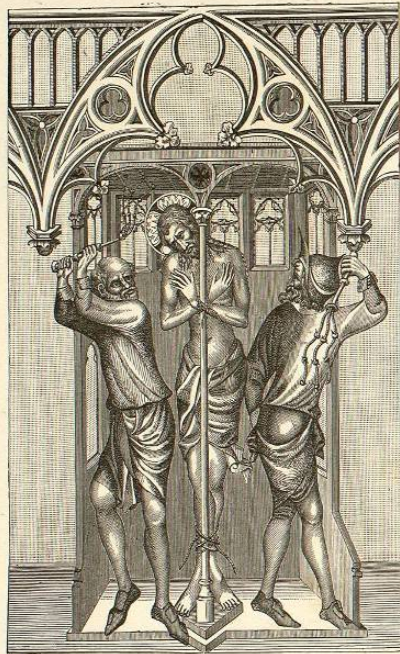


Lámina 95.—La Flagelación.—Escena de un ornamento de altar sobre seda que perteneció á la catedral de Narbona, y se encuentra en el Museo del Louvre. Data del siglo XIV.

con los otros jueces. Herodes y sus cortesanos se consideraron ofendidos con el silencio de Jesús, y le llenaron de insultos y de oprobios, á imitación de los soldados de la casa de Caifás; y todavía se le ultrajó más, pues se le puso una túnica blanca,

que era el vestido que se ponía á los locos, y en esa forma tan depresiva y humillante le remitió de nuevo á Pilatos, dándole gracias por la cortesía que había guardado para con él; y aprovechándose de esa ocasión, Herodes y Pilatos, que eran antes enemigos, hicieron las paces y se reconciliaron.

El gobernador pagano no quería quitar á Jesús la vida; pero no atreviéndose á emplear su autoridad para librarle de la muerte, intentó amistosa y privadamente un pacto ó arreglo con los judíos en estos términos: «Vosotros sabéis que no he hallado culpa alguna en este hombre de las muchas que vosotros le imputáis, ni tampoco la ha encontrado Herodes, y, por lo tanto, no hay motivo para condenarle á muerte. Así, pues, yo haré que se le castigue, y después le daré libertad.»

Ahí está la justicia de Pilatos. Sin embargo, bien fuese que no le pareciese seguro ese medio ó que le encontrase odioso, se permitió proponer otro. Con motivo de la solemnidad de la Pascua, el pueblo tenía derecho á pedir la libertad de un prisionero; y habiendo entonces en la cárcel un malhechor muy famoso, llamado Barrabás, reo de hurto, de sedición y de homicidio, Pilatos dejó á la elección de los judíos el librar á Jesús ó á Barrabás, no habiendo hecho esa propuesta á los escribas y á los sacerdotes, porque conocía el odio encarnizado que tenían á Jesús, y porque abrigaba alguna esperanza de que el pueblo se declarase á favor del inocente, que era Jesús. Una circunstancia particular debió influir en el deseo que tenía Pilatos de librar á

Jesús, y fué el haberle enviado su mujer á decir que no se mezclase en la causa de ese justo, y que ella se sentía muy inquieta y atormentada á causa de un sueño que había tenido aquel día sobre el mismo asunto.

Pero la esperanza de Pilatos fué muy pronto defraudada, porque, por un lado, los fariseos habían trabajado mucho para seducir y ganarse la plebe, y, por otro, Barrabás, aunque homicida y sedicioso, gozaba de bastante popularidad. La plebe y el pueblo bajo están reflejados en Barrabás, según sentir de Orígenes. Hay en el foro externo algunos conocidos como sediciosos homicidas y ladrones, y muchos más lo son también en el foro interno; y esas agrupaciones unidas para emitir sufragio ó para deliberar, siempre pedirán libertad para Barrabás; y todo el que obra mal ó quiere hacerlo pide que Jesucristo (su Vicario, sus ministros y su Iglesia) sea atado y esclavizado, y que Barrabás (los criminales, los facinerosos, los hombres sin conciencia y afiliados á la masonería y á sectas detestables) sea puesto en libertad. Algunos intérpretes de la Sagrada Escritura opinan que Barrabás quiere decir *hijo de su Señor*, y que el señor y dueño de las muchedumbres figuradas por Barrabás es Satanás. Al momento mismo de haber hecho Pilatos su propuesta, la multitud, por más que le causase sorpresa, le gritó: «¡Danos á Barrabás!»—«Entonces, dijo Pilatos, ¿qué es lo que queréis que yo haga del Rey de los judíos, de Jesús, llamado el Cristo?» Y los judíos gritaron más fuerte: «¡Entréganosle!

¡Crucifícale!» La crucifixión era el suplicio de los esclavos, y los enemigos de Jesús, esclavos de sus extravíos y pasiones, le pe-



Lámina 96.—Pilatos presenta á Jesús ensangrentado, lleno de heridas, con una corona de espinas sobre la cabeza, las manos atadas, cubiertos los hombros con púrpura en señal de burla, y dice á los judíos: «¡Ved aquí el hombre!»—Grabado de Rembrandt, que se encuentra en la biblioteca de M. Ambrosio Firmin-Didot, y data del siglo XVII.

dían para Aquel que les había dicho: *La verdad os hará libres.*

Pilatos replicó: «Yo no encuentro nada en Él que merezca

la pena de muerte.» Y volviendo á pensar en su primer designio, añadió : «Voy, pues, á mandar que se le castigue, y le daré libertad.» Los judíos, que oyeron eso, redoblaron y esforzaron sus gritos y clamores, diciendo sin cesar : «¡Crucifícale! ¡Crucifícale! ¡Danos á Barrabás!»

Ante esa actitud del pueblo, Pilatos principió á temer que de semejante asunto le resultase algún perjuicio personal, pues ya había quedado humillado y desairado en una circunstancia grave contra la perseverancia de los judíos en Jerusalén y en Roma, y, por lo tanto, le faltó valor, y dió la orden de poner en libertad á Barrabás y de azotar á Jesús.

La flagelación precedía ordinariamente á la ejecución de las sentencias de muerte, y para efectuar ese acto tan inhumano se desnudaba al paciente, y, sin contar los golpes, se los daban cuatro soldados con cuerdas de cuero preparadas con pequeñas bolas de plomo ó de puntas de hierro. Ese tormento era tan cruel, que con frecuencia solían morir en él los condenados.

Cuando soportó Jesús tan doloroso suplicio, los soldados romanos, bien por su voluntad propia, ó bien por instigación de los judíos, pusieron un cuidado especial en divertirse con Él, como había ya sucedido en casa de Caifás y de Herodes; y con ese fin perverso le cubrieron con unos harapos de color escarlata, le clavaron una corona de espinas en la cabeza, colocaron en sus manos atadas una caña en forma de cetro, y doblando las rodillas y postrándose, le decían : «¡Rey de los judíos, pásala bien!»

lo bien!» Y seguidamente, como para indemnizarse y desquitarse de esos homenajes burlescos que le habían tributado, le escupían, le abofeteaban y le herían con la caña en la cabeza, en cuyo brutal proceder estaban prefigurando la rabia de todos los futuros apóstatas y enemigos que habían de levantarse contra la Iglesia. Esa sed de ahogar al Hijo de Dios en el oprobio y en las burlas injuriosas, inspirada por los escribas y tolerada por los poderosos, es el carácter más fiel y evidente y á la vez el más profético de la Pasión de Jesucristo.

El Salvador sufría todo sin quejarse, sin inmutarse en la dulzura de su semblante, sin volver su cabeza y permaneciendo silencioso y humilde como un cordero á quien se degüella, según lo habían representado sus Profetas. Cuando Pilatos juzgó que el castigo era bastante, y que, por lo tanto, deberían estar ya contentos los judíos, salió al pretorio y les dijo : «Mirad, aquí os le presento, y sabed que no encuentro en Él crimen alguno.» É hizo aparecer á Jesús lleno de sangre, de heridas, con la corona de espinas sobre la cabeza, las manos atadas, las espaldas cubiertas con púrpura en señal de burla, y dijo : «¡Ved aquí el hombre!»

El pueblo se calló; pero la gente que servía en el Templo, los sacerdotes y doctores de la Ley, con sus satélites, gritaron : «¡Crucifícale!» Y Pilatos, irritado, les contestó : «Crucificadle vosotros mismos, porque yo no encuentro en Él crimen alguno.» Era esta la cuarta declaración y terminante confesión que

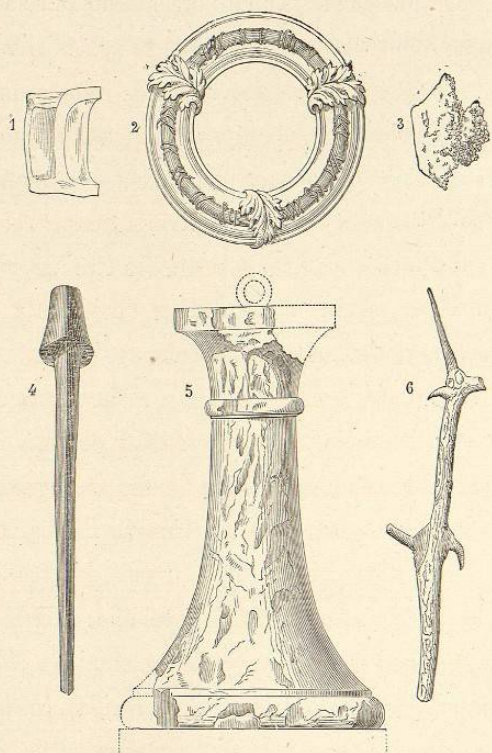


Lámina 97.—Instrumentos de la Pasión, conforme á una Memoria de M. Rohault de Fleury; París, 1870.—1. Reliquia de la caña, en la catedral de Florencia.—2. La Corona de espinas, regalo de San Luis á la Santa Capilla de París, que se compone de un círculo de pequeños juncos formando un manojo.—3. Resto de la esponja, en Santa María de Transtévere, en Roma.—4. Un clavo, en la catedral de Tréveris.—5. La Columna de la flagelación, en Santa Práxedes de Roma; es de mármol negro vetado de blanco; en la cima superior está señalado un anillo de hierro.—6. Una espina de la corona, en la iglesia de la Spina, en Pisa.

de ello hacía, y aún la volvería á repetir; pero los judíos, insaciables de sangre inocente, respondieron : «Nosotros tenemos ley, y, según la ley, debe morir, porque Él se ha hecho Hijo de

Dios.» Y así, al crimen de Estado que Pilatos no quiso admitir, porque no le había, sustituyeron el de religión.

Esta palabra de crimen de religión y esa obstinación de los judíos aumentaron la ansiedad, el miedo y la perplejidad en el débil corazón del gobernador pagano, á quien verdaderamente Jesús había inspirado respeto; y pensando consigo mismo, se preguntaba por qué no podía ser muy bien hijo de alguna divinidad este hombre tan extraordinario, de quien tantos prodigios se referían, este héroe de paciencia, este hombre tan inocente y tan puro; y bajo la impresión é influencia de ese raciocinio condujo á Jesús al pretorio y le dijo : «¿De dónde eres tú?» Jesús no le respondió, y Pilatos replicó : «¿Te niegas á contestarme? ¿Acaso ignoras que tengo potestad para crucificarte y para ponerte en libertad?»

Entonces Jesús, manifestando la compasión que le inspiraba este poderoso de la tierra, se dignó dirigirle unas palabras que fueron las siguientes : «Tú no tendrías potestad alguna sobre mí si no se te hubiera dado de lo alto; y hé ahí por qué el pecado del que me ha entregado á ti es mayor que el tuyo.»

Pilatos pudo muy bien aprovecharse de la gracia tan singular de esas palabras, que encerraban un tratado completo de derecho público y social; pero desgraciadamente no hizo caso de ellas, porque estaba subyugado por una vana y orgullosa piedad más bien que convertido por el sentimiento de verdade-

ra justicia, y así se explica su deseo de librar á Jesús, pero con la precisa condición de no comprometerse él mismo; de suerte que en su criterio y en su conciencia, la idea de justicia era un accidente, mientras que el sentimiento egoísta era la sustancia y móvil principal de sus actos en el gobierno. Le sucedió lo que al fin acontece al magistrado injusto, que lleva siempre la penitencia en su pecado. Los judíos no se contentaron de su sistema contemporizador, y le amenazaron dando gritos y diciéndole: «Si das libertad á ese hombre, no agradas al César, porque Jesús se ha hecho rey, y todo el que se haga rey es enemigo del César.» De ese modo alegaban también un delito de lesa majestad, crimen horrible ante los ojos de Tiberio, que acogía con favor á todos los delatores de él, aunque fueran injustos y calumniadores; y este fué el último golpe que acabó de vencer á Pilatos y el que triunfó de su conciencia y de su tímido y vacilante carácter. Sin embargo, por decoro puramente externo del tribunal en que estaba sentado, hizo comparecer á Jesús delante de los judíos y les dijo nuevamente: «¡Ved ahí á vuestro Rey!» Ellos gritaron: «¡Abajo, que muera, crucifícale!»—«¿He de crucificar yo á vuestro Rey?» replicó Pilatos. Y entonces los príncipes de los sacerdotes contestaron: «Nosotros no tenemos otro rey que el César.» En esa respuesta dieron, quizá sin pensarlo, un testimonio público y directo de que había ya llegado el tiempo del Mesías que ellos rechazaban, pues el cetro había faltado de Judá, y ellos, en castigo de su obstinación, iban á

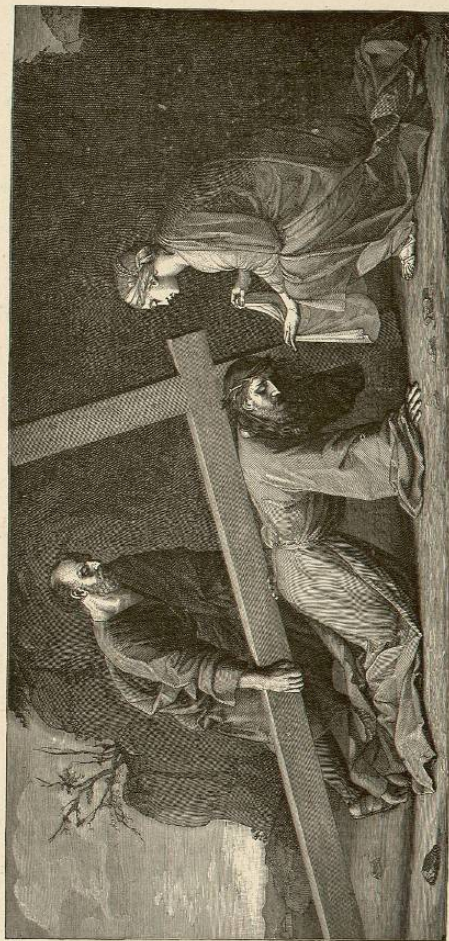


Lámina 98.—Jesús lleva su cruz.—Cuadro de Le Sueur, en el Museo del Louvre, y data del siglo XVII.—Simon el Cirineo viene en auxilio de Jesús. La santa Verónica limpia el sudor de su divino rostro.—Esta hermosa combinación, escasa en el efecto, pero de sentimiento un profundo, simboliza la compasión del alma cristiana por los sufrimientos de Nuestro Señor.—Ejecutada conforme á un grabado de M. Bertinot, y publicado por la Sociedad francesa de grabado.

sentir bien pronto la dureza del César y Barrabás, que habían preferido á Jesús.

Como el tumulto y la agitación sostenida por los fariseos y gentes de letras se iba aumentando, Pilatos, al fin, se decidió, no sin dar antes un testimonio de la inocencia de Jesús, y al mismo tiempo de su propio crimen. Hizo que le llevasen agua, y lavándose las manos delante del pueblo, le dijo: «Yo soy inocente de la sangre de este justo, y vosotros seréis responsables de ella.» Todos gritaron: «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» Y en el mismo instante Pilatos les entregó y abandonó á Jesús para que hiciesen de Él lo que quisieran.

En Belén se veía el nacimiento de nuevas virtudes, y aquí brotan nuevos crímenes y tipos repugnantes de odio á la justicia y de desprecio á la verdad. ¡Qué raza engendrarán un Judas, un Caifás, un Herodes, un populacho ciego, un Barrabás! ¡Cuántas veces la unión de traidores y de apóstatas se pondrá de acuerdo para reproducir la viva imagen é indigna figura de Pilatos, cuyo fallo absuelve á Jesús y cuya debilidad le crucifica!

EL CALVARIO

El hombre se complace en hacer sufrir al hombre, y cuando el impío tiene autoridad sobre el justo, pocas veces suele contentarse con condenarle á muerte. Después que Pilatos hubo

pronunciado su sentencia, los soldados comenzaron de nuevo la escena de la coronación de espinas, y Jesús se vió por segunda vez expuesto á sus golpes y á sus insultos. Seguidamente le quitaron el manto de púrpura y le volvieron á poner sus vestidos, sacándole así fuera de la ciudad, á un lugar nombrado el Calvario, que en hebreo se llama Gólgotha. Existe una antigua tradición que enseña haber sido enterrado en aquel mismo sitio Adán, el primer pecador; pero lo que es cierto y está fuera de toda duda es que aquel lugar era el destinado para las ejecuciones, pues Calvario significa *lugar de los decapitados*.

Un escritor moderno, que ha ido sembrando su impiedad por la tierra santa, dice que no hay que formarse ni representarse el Calvario tal como le pinta la poesía cristiana, porque él no ha visto ni encontrado allí más que un mezquino lugar. Bien puede asegurarse que así el Calvario como la cruz son lugares y cosas ignominiosas para los enemigos de Jesús. No hubo injuria alguna que no estuviese en el sacrificio á que se sometió el Salvador para rescatar el género humano; pero nada pudo encontrar tan infame el Hijo de Dios en el Calvario que pudiera compararse con la infamia é ingratitude de los hombres.

El Calvario, como queda dicho, era el lugar para ejecutar las penas capitales, y San Juan Crisóstomo da sobre eso una razón que los incrédulos ignoran y olvidan los apóstatas y renegados. El Señor, dice ese Santo Doctor, no quiso sufrir en el Templo, ni bajo techo alguno, á fin de que no se creyese que